

Los documentos históricos que se reproducen en **La República imposible** han sido aquellos que se han considerado especialmente relevantes para analizar un período histórico signado —en la política nacional— por dos dictaduras militares en sus extremos y el fraude político como su característica más notable y particular entre 1932 y 1943, y conmocionado —en la esfera internacional— por una inicial crisis económica de magnitudes insospechadas y una epilógica y mortífera guerra mundial entre 1939 y 1945, fenómenos que —en ninguno de los dos casos— dejaron de tener amplias repercusiones en nuestro país.

En esta ocasión, el director de la obra general y el autor del volumen particular confluyen en la misma persona, el historiador Tulio Halperin Donghi, por lo que la coherencia de la parte con el todo parece estar garantizada. En celebración de dicha afinidad, más que transitar una antología de fuentes, problemático y polémico género que supone la existencia de determinados documentos *mejores* que otros —allende el contexto en que se los inserta—, Halperin Donghi ha preferido realizar una selección de textos históricos, relevantes por su capacidad de interactuar con la personal presentación e interpretación que el autor ha desarrollado acerca del período escogido.

El punto de vista en ese sentido privilegiado, se encuentra colocado sobre la analizada como trunca tarea de construcción republicana en nuestro país, tal como la pensó la generación del '80 y tal como la intentaron concretizar sus cuestionados herederos. De esta manera, el tomo aquí reseñado se comprende mejor como epílogo de los dos volúmenes que lo preceden, y que refieren a las diversas vidas y muertes de las Repúblicas posibles y verdaderas en la Argentina<sup>28</sup>.

Esa elección realizada resulta mucho más interesante que la mera reproducción antológica de textos, porque evita la presentación inconexa de las fuentes y promueve que aquellas puedan ser rescatadas por el lector para validar —o poner en cuestión—, a través de su relación con el estudio preliminar, la explicación halperiniana sobre este polémico período de nuestra historia.

La selección de textos, aunque atada a la interpretación histórica de su realizador, no supone sin embargo, de ninguna manera, un ensayo de voluntario *excentricismo* en la recolección de fuentes, ya que muchos de los textos elegidos integran la

lista de fuentes frecuentemente recorridas y copiosamente citadas por otros historiadores (bastaría para certificar lo dicho, la mención a ciertos momentos de la disputa parlamentaria que, acerca del llamado *negocio de las carnes*, enfrentó a de la Torre con Duhaio o los fragmentos de **Radiografía de la Pampa** de Martínez Estrada, que son reproducidos en **La República imposible**).

Lo que sí resalta en estas fuentes, es que están puestas en dimensión con otros documentos, menos prolíficamente citados, y que han sido detectados por la —en apariencia— casi omnisciente capacidad *archivística* de Halperin, que puede en esta nueva incursión por la historia argentina, *mostrar* al lector —a través de las fuentes concretas y de manera más acabada y convincente de lo que en otras ocasiones la atareada redacción permite— la multitud de matices y complejidades que en ella anidan.

En todo caso, es cuando sucede la concurrencia de ambas estrategias, la de la sutileza narrativa y la de la confrontación documental (como en el interesantísimo segmento dedicado a la prisión de Salvadora Onrubia en la cárcel uriburista<sup>29</sup>), cuando este libro demuestra su carácter sugestivo y fundamental para quienes estudiamos el período.

Precisamente, aquellos que nos interesamos específicamente por los últimos años que abarca el período, comprobaríamos que si tuviéramos que elegir un documento que sintetizara de manera adecuada nuestra investigación a ojos de un público más amplio, ese documento ya ha sido expuesto (o al menos revisado y desechado por razones de espacio) en esta copiosa selección.

Más allá de no poder comulgar personalmente con cierta visión de este período, que pareciera expresar Halperin, y que tiende a pensarlo privilegiadamente en su carácter de contraste negativo y degenerativo con respecto de la época pasada, lo que parece resaltar —y que es lo que creemos verdaderamente importante— es la capacidad de este libro de *poner las cartas sobre la mesa* y atreverse a exponer la interpretación histórica desarrollada junto con la siempre inquietante poliseñía de las fuentes.

Lamentamos, únicamente, cierto afán por no presentar las fuentes elegidas de manera íntegra, que en ciertos casos ha promovido una *pada* que le quita algo de coherencia lectora a los textos, y que se hace más sensible en los casos de docu-

mentos *claves* del período, como en la reproducción del manifiesto del Doctor Ortiz al pueblo argentino, al que le son sustraídos —en esta selección— unos 15 de sus 22 párrafos originales<sup>30</sup>.

De cualquier manera, más allá de estas observaciones personales y aunque conscientes de estar alimentando el *mito Halperin*, consideramos imprescindible la lectura de **La República imposible**, en tanto hay pocas posibilidades que, a futuro, pueda realizarse una obra de carácter general sobre el período que esté tan bien e inteligentemente documentada y presentada y que resulte tan útil para aquellos investigadores o interesados en esa etapa de la vida argentina.

Andrés Bisso

UNLP / CeDInCI

---

*A propósito de Sandra McGee Deutsch, **Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939**, Stanford, Stanford University Press, 1999.*

El libro de Sandra McGee ofrece el más completo registro hasta el momento de las doctrinas y prácticas políticas de la ultraderecha en el Cono Sur. Conocida entre nosotros por su estudio pionero sobre la Liga Patriótica Argentina (**Counterrevolution in Argentina**, Nebraska, 1986), en **Las Derechas** McGee redobla la apuesta y procura mostrar el derrotero de los grupos más radicalizados de Argentina, Brasil y Chile en el medio siglo posterior a 1890. Su análisis se concentra en la composición de clase y de género de estos grupos, su capacidad para adaptarse al *tem-po* político y para combinar de una manera original las ideologías provenientes de Europa. En ese sentido, la mirada de McGee procura eliminar algunas de las suposiciones más comunes al respecto: la extrema derecha en ocasiones recurrió a la movilización (incluso de mujeres a pesar de su énfasis en la masculinidad y la promoción de la violencia y la fuerza física); realizó críticas anti-capitalistas o anti-imperialistas; alentó posiciones económicas progresistas; y si bien compartía una larga sospecha sobre los judíos e inmigrantes, no siempre fue racista.

La definición de “derecha” que brinda la autora hace hincapié en que fue una reacción a las tendencias políticas igualitarias y liberadoras del momento y de otros factores que creía que estaban socavando el orden socio-económico. La derecha teme que los impulsos niveladores y los ideales revolucionarios universales debiliten el respeto por la autoridad, la propiedad privada, las tradiciones establecidas y las particularidades de la familia o la nación (p. 3). La extrema derecha era la más decididamente opositora al igualitarismo, la izquierda y otros cambios “amenazantes”, por lo general a través de acciones fuera de la arena electoral: no procuraba sólo ser custodio del orden político vigente.

La primera de las secciones del libro se dedica a rastrear los antecedentes de la extrema derecha en el Cono Sur entre 1890-1914. Esta “vieja derecha” aceptaba el gobierno representativo, pero expresaba algunas dudas sobre los resultados electorales. Algunos militares creían posible colocar a la institución castrense por sobre las disputas políticas y de clase. El catolicismo social, comulgado por varones y mujeres, proponía la creación de medidas de alivio de la pobreza, atendiendo sobre todo a la necesidad de reducir el atractivo de la izquierda. El cosmopolitismo con el que las elites habían promovido la llegada de trabajadores y capitales foráneos comenzó a ser mirado con sospecha y desdén: por el contrario, el hispanismo y el catolicismo se postulaban como cementos más útiles para una nación que veían en proceso de disolución. Fue en Argentina donde la ultraderecha encontró más eco, especialmente en sus creencias antisemitas. Chilenos y brasileños, por el contrario, tenían enfocadas sus preocupaciones en otros grupos y problemas “raciales”.

El tiempo de las ligas patrióticas es el que comprende la segunda sección. Durante el período entre la Primera Guerra Mundial y mediados de los '20, la “nueva derecha” se mostró más antiliberal y autoritaria, despreciando las prácticas electorales. Grupos derechistas de la burguesía proclamaban su nacionalismo como medio para enfrentar a la revolución que consideraban inminente. Los tumultuosos años que le siguieron a la Gran Guerra fueron testigos del aumento del desafío de la derecha radical. En un clima de inestabilidad —expresado en el fin de la República Parlamentaria chilena y los desafíos de los *tenentes* en Brasil— los grupos extremos pasaron de los discursos a

formar organizaciones permanentes de presión extra-parlamentaria. Opuesto a los inmigrantes, los peligros del extranjero y el internacionalismo de izquierda, el “nacionalismo” de las ligas se comprometió abiertamente con la defensa de un orden oligárquico cada vez más jaqueado por las clases medias, las fuerzas armadas y el proletariado organizado.

Mc Gee denomina “La era del fascismo” a la etapa que va desde fines de la década del '20 hasta 1939. La crisis del '29 colaboró en la disolución del consenso liberal sobre el que se había desarrollado la experiencia de crecimiento basado en exportaciones agro-mineras. El fascismo y el catolicismo integral fueron retomados como herramientas para oponerse al liberalismo, la democracia y la actividad sindical, ofreciendo una alternativa radical a la izquierda.

Este período fue la edad de oro de la extrema derecha: movilizó sectores populares e incluso consiguió que el ala moderada retomara algunas de sus propuestas y prácticas políticas. Los grupos que analiza McGee son el *integralismo* brasileño, el *nacismo* chileno y la pléyade de grupos nacionalistas de Argentina. Su vinculación con el fascismo explica su promoción de la alteración del sentido de la vida individual por sobre el cambio social. Un modelo corporativo, apuntaban, permitiría crear una institución política real, que dejara de lado el individualismo liberal y el soviétismo.

Estas organizaciones se definían como anti-capitalistas por oponerse a la usura y al capital financiero. En muchos casos, el conflicto de clases fue reemplazado por una lectura conspirativa de naturaleza antisemita. También se retomó la noción fascista de la necesidad de una lucha entre las naciones proletarias y las capitalistas. De nuevo, Argentina parece ser el escenario en el que la extrema derecha se mostró más fuerte que sus pares sudamericanos. Su participación en el gobierno del general Uriburu y su posterior reingreso tras el golpe de 1943 dieron cuenta de una relevancia política de la que carecieron *nacistas* e *integralistas*.

Un interesante capítulo de cierre sondea en torno a los legados de la extrema derecha en los tres países. Así, se puede ver cómo el revisionismo histórico (inseparable desde fines de los '30 del nacionalismo argentino) terminó por construir un nuevo “sentido común histórico” en el Río de la Plata. La incapacidad de nacionalistas brasileños y chilenos para cons-

truir su propia corriente historiográfica, les quitó capacidad movilizadora. McGee también analiza la relación de la derecha extrema con las posteriores experiencias populistas, la corporación militar y la Iglesia.

Los movimientos radicales en Chile fueron los más débiles de los tres. Era escasa la presencia proporcional de inmigrantes a los que culpar por la expansión de la izquierda. Por otro lado, los grandes capitales foráneos en la región minera fogueaban la crítica nacionalista con un sentido anti-imperialista que fue mejor usado y promovido por socialistas y comunistas. Un sistema de partidos sólido y en el cual la Iglesia participaba indirectamente a través de los conservadores (controlando el voto rural), le quitó aire político a la derecha radicalizada chilena. En Brasil, la Iglesia y el Ejército se acercaron al *Estado Novo* y desdeñaron sus lazos originales con el *integralismo*. El incontestado poder de los *coroneis* no dejaba demasiado espacio de maniobra para la radicalización.

Argentina fue el país de mayor fortaleza de la extrema derecha, según McGee, que ha influido en los gobiernos desde los '30 y hasta 1983, apropiándose del término “nacionalismo”. Esa derecha fue eficaz para identificar a los trabajadores inmigrantes como peligrosos: Iglesia y Ejército se mostraron de acuerdo con esas ideas. La fragmentación del sistema político y de los grupos conservadores le brindó aun mayor espacio a estas organizaciones.

El libro de Sandra McGee parece ser una pieza imprescindible para aquellos interesados en el estudio de la derecha radical. Por la envergadura de la investigación de archivo, por su capacidad de síntesis y de vinculación con otras dimensiones de la realidad, por lo innovador de algunos temas (como el estudio de las mujeres) y su preocupación por relacionar ideas y prácticas, **Las derechas** espera con toda justicia su traducción y divulgación más general en el Cono Sur.

**Ernesto Bohoslavsky**  
UNGS- CONICET